

jante Tisner, ilustrador oficial del Barça, que hizo incluso el poster que el club editó para invitar al socio a votar en las elecciones, y que ya ha anunciado también que con Núñez no quiere saber nada. O el señor Ciurana, encargado de la sección de baloncesto, que se despidió antes de que le echasen: con Núñez ni una palabra. O muchos socios que escriben cartas en los periódicos; que comentan las desventuras con los amigos y que todavía hoy se llevan las manos a la cabeza:

—Aún no puedo entenderlo. ¿Cómo le puede haber pasado esto a nuestro Barça?

Los resultados deportivos determinarán el futuro

El Barça ahora está sustancialmente dividido: sólo ochocientos votos separaron a Núñez de Ariño. Y las diferencias entre los ariñistas y el grupo Núñez son, parece, muy difícilmente reconciliables. Pero en buena parte todo dependerá de los resultados.

Si el equipo va bien, si gana el próximo Campeonato de Liga, no hay por qué engañarse, muchos de los que ahora expresan su justa indignación tragarán la gestión de Núñez. Habrá una conflictividad latente, dispuesta a surgir a la primera crisis deportiva, pero Núñez no tendrá problemas mayores.

Si el equipo empieza mal el próximo Campeonato —cosa nada imposible, dada la renovación de plantilla que tiene que afrontar—, a las primeras de cambio se puede armar la de San Quintín. Y como decía un barcelonista, la oposición ariñista no tendrá ni que moverse: serán los mismos que le votaron los que le despertarán por la noche a insultos si su gestión deportiva es un fracaso. Porque quien votó Núñez no votó por unas ideas, por un proyecto social, por unos grandes objetivos, sino para que se ganen partidos. Y a la que los partidos se pierdan aparecerá el vacío de ideales que su gestión representa y el tinglado se puede ir al carajo.

Muchos socios esperan que Ariño no se deje llevar por la demagogia unitaria que ya empieza a circular:

—Todos unidos en torno al presidente.

Hay en este país una obsesión por la unidad que es enfermiza y que viene de tiempos de mal recuerdo: pasaron por las épocas del partido único. Los partidos únicos no se pueden construir ni por sufragio universal. Y si un candidato

pierde unas elecciones su obligación democrática es seguir defendiendo sus ideas y no, en aras de la mítica unidad, subirse al caballo del ganador. Lo contrario es oportunismo y cinismo, que ha abundado en las elecciones del Barça: Casals, Casaus y camaleón Pla pueden decir muchas cosas sobre esta práctica. Ariño debe encabezar la oposición para cultivar el terreno para que con él o con otro dentro de cuatro años, o antes si hay alguna crisis, el catalanismo recupere el Barça perdido.

El Barça soy yo

Porque no sería de extrañar que a las primeras de cambio Núñez perdiera los papeles. De su primera conferencia de prensa oficial ya comentó algún periódico que no aguantó la hora y media sin ponerse nervioso:

—Quién me insulta a mí, insulta al Barça —dijo el nuevo presidente, supongo que sobre la base de su convicción de que es Dios quien le ha llevado hasta allí.

De otra manera no se entiende. Afortunadamente, el Barça es mucho más que el señor Núñez. Los presidentes —y Núñez no será excepción— pasan y el Barça permanece.

Núñez está allí con un extraño conglomerado. Dos candidatos y dos precandidatos pactistas: Casaus, Casals, Parera y Pla. Gente próxima a Alianza Popular, como los señores Gaspar y Vives de Hinojosa. Los sectores más derechistas de la antigua Junta Directiva, como Manuel Grau. Y algún nombre que se relaciona con Convergencia Democrática, que por lo visto sigue estando por todas partes, sin estar completamente en ninguna. En todo caso, no es esencial. Núñez no necesita a la Banca catalana. Cuenta con otros Bancos mucho más próximos a Madrid.

El hombre de las esquinas —el Barça soy yo (y el ensanche también, ¿verdad?)— y su dinero ya están en el Barça. Un empresario catalán, el señor Santacréu, nada sospechoso para el señor Núñez, sino más bien todo lo contrario, nos sorprendió con este juicio:

—Núñez es de aquellos que se creen que con dinero todo se puede.

Y añadió:

—No será un buen presidente. Puede ser un segundo caso Vilá Reyes, pero en grande.

Curioso juicio de uno de los suyos. En este caso, ¿qué podemos pensar los demás? Sin duda, esperar que para el Barça vengan tiempos mejores. ■ J. R.

CON FRANCO ESPECULABAMOS MEJOR

RAMIRO CRISTOBAL

DICEN que Alvarez Rendueles, gobernador del Banco de España, ha hecho recomendaciones amistosas al resto de la Banca y a los que en el argot bolsístico se llaman "inversores institucionales", para que devolvieran a las Bolsas una imagen más presentable. Es natural: a UCD —como a Unamuno, sólo que por otros motivos— le duele España. Y para ellos, la Bolsa y España, son términos convergentes.

Otro es el caso del anterior gobernador del Banco estatal, José María López de Letona, que vio, al parecer, con total indiferencia, cómo se le iba hundiendo el mercado de valores en sus propias narices. López de Letona (el tercero de aquella tripleta de López que Franco tuvo como ministros "aggiornados") quizá compartía un poco la tesis catastrofista de la derecha franquista y aquí tendríamos una de las claves de su repentina sustitución a principio de este año.

Sea como sea, lo cierto es que a las tres Bolsas —Madrid, Bilbao y Barcelona— como al olmo de Machado, con las lluvias de abril y el sol de mayo, algunas hojas verdes le han salido. Y no es que las preocupadas pragmáticas de Alvarez Rendueles hayan sido la causa total, pero refleja la preocupación de UCD por el hecho de que la clase media se le va de entre las manos, tras perder sus ahorros. La pequeña burguesía, siempre tan reticente a los cambios, se está pasando, con armas y bagages, a las tesis de Alianza Popular y Fuerza Nueva, maldiciendo la gestión gubernamental que les hace perder sus prometidos futuros de leche y miel. Además, con razón, se sentían estafados.

No andaban desencaminados. Porque, realmente, la Bolsa ha sido en este país una verdadera tierra de devastación y pillaje. Su historia es simple. Hasta el año 1975, con la muerte de Franco, el gran capital español, mimado y protegido por el poder, presentaba una imagen eufórica en la Bolsa. Alegremente llegó la especulación y los valores alcanzaron cotizaciones de cuatro o más veces su valor real. Como escribe Juan Robredo, en "El Europeo": "Eran los años de las vacas gordas, cuando la estabilidad del

capital, el apogeo del 'desarrollismo', impuesto bajo moldes autoritarios y la existencia de una mano de obra fácil y barata, junto con una fiscalidad inexistente, garantizaba beneficios impresionantes a corto plazo; fue el dorado momento del inversor en Bolsa". Por lo demás, este juego especulativo era presentado como una sonriente pillería. José Luis López Vázquez se asomaba, simpáticamente, al televisor y recomendaba comprar "Matildes". Dos años después las interfectas habían perdido todo su atractivo y se encontraban haciendo la calle, a punto de caer en el arroyo. El ahorro de miles de ciudadanos había desaparecido.

Ya a fines del año 75 hubo de intervenir el Banco de España para que la Bolsa no terminase el año por debajo del índice 100. Después, empezó el sálvese quien pueda. El capitalismo español demostró su falta de vocación industrial o financiera y de coraje para luchar por ella, cuando se enfrentó a las primeras dificultades. Cualquier petición de aumentos salariales, el menor suceso de orden público, un proyecto de nacionalización lanzado por una central sindical o un partido de la oposición, era causa suficiente para que los representantes de gran parte del capital pensaran en abandonarlo todo. Durante el año 1976 comenzó un derrumbe total de la Bolsa de Madrid que culminó durante 1977 cuando el índice 100 de primero de enero terminaba en 67,29 a final de año: es decir, las pérdidas en la cotización de los valores era del 32,71. Y cifras aún más graves para Bilbao y Barcelona. A fines del año 77 el mercado había cedido en casi un 70 por 100 desde la muerte de Franco.

¿Qué demostraba esto? Primero que el gran capital tradicional no veía claro, ni ideológica ni económicamente, el futuro democrático del país y se negaba a invertir, arrastrando con él al invitado pobre al banquete que es el pequeño ahorrador. Segundo, significaba el reconocimiento de que había existido una especulación anterior ya que la caída de la Bolsa no era debida solamente a factores políticos o de orden público, sino que, según todos los especialistas, se trataba,

también, de una búsqueda del mercado de valores de su valor auténtico. Además no faltaron las especulaciones intencionadas a la baja, en determinados momentos y por parte de determinados sectores, con el ánimo de desestabilizar el proceso democratizador o, al menos, chantajear las medidas más progresistas en materia fiscal o laboral que pudieran proponer el Gobierno o las Cortes.

Paralelamente, otro sector del capital nacional, más moderno, normalmente ligado a la inversión exterior, aceptó el reto de la democracia. Sin embargo, como quedó pronto patente, su peso en el mercado de valores era mucho menor.

En muchas ocasiones los portavoces del empresariado español han manifestado que tampoco ellos, en tiempos de Franco, gozaban de toda la libertad que hubieran deseado, pero el tiempo ha venido a demostrar que la libertad con todas sus consecuencias, les venía grande a muchos de ellos. Se quejaban del dirigismo estatal, pero cuando éste cesó —en parte solamente, claro— para muchos, Suiza se convirtió en la meta.

La gran sorpresa

Las fechas posteriores a la pasada Semana Santa traían sorpresa. Del viernes 22 de marzo hasta fines de ese mes, la Bolsa de Madrid —que ya había bajado un 11,49 por 100 desde principios de año— se colocaba en 92,99, subiendo casi cuatro puntos y medio. La corriente de recuperación había comenzado en la Bolsa de Bilbao y se había propagado rápidamente a Madrid y Barcelona. A mediados de abril, la Bolsa de Madrid estaba en más 94 puntos y el día 28 se sobrepasaba el índice 100. En la primera semana de mayo, Bilbao pasaba los 116 puntos, Barcelona los 110 y Madrid los 109. Además crecía hasta cotas olvidadas hacia mucho tiempo el volumen de contratación.

Para los expertos, nunca se van a alcanzar las engañosas cifras de otras épocas, pero a lo mejor se está recuperando la sensatez. Todo el mundo coincide en que los niveles a que se había llegado eran increíblemente bajos y que si la especulación alcista de otros tiempos era absurda, el lugar en que se estaba era injusto.

Las explicaciones a este fenómeno pueden ser técnicas y políticas. En primer lugar dos hechos coyunturales, pero que, sin duda, han influido poderosamente. Ambas han sido victorias de UCD y Alianza Popular en las Cortes: por un lado la reforma del famoso artículo 9 de la Ley de Acción Sindical en térmi-

nos muy distintos de los que pretendía la ponencia y, por otro, la inexistencia en la Ley Energética de nacionalizaciones, en lo que se refiere a las eléctricas.

Después, un factor importante a considerar; el de las posibilidades de mejora general de la economía española en un término de tiempo relativamente breve. Pues como dice el especialista en Bolsa, Sáez de Urturi: "Una de las características de la Bolsa es su carácter de avanzada de los acontecimientos". En este sentido habría que considerar una serie de hechos y previsiones dispersos que es preciso ir en-



La Bolsa ha sido en este país una tierra de devastación y pillaje.

cajando. Las muchas posibilidades de una excelente cosecha; las posibilidades turísticas para este año, mucho más optimistas que en los pasados; la situación excelente del nivel de divisas; la relativa contención del proceso inflacionista; ya se habla de que quizá no pasemos de un 12 por 100 de aumento de precios a final de año, lo cual, comparado con el 26,4 por 100 de aumento en los precios al consumo en 1977, sería uno de los logros más plausibles. También los índices macroeconómicos presentan ligeras mejorías, y mientras las exportaciones siguen su racha ascendente, la reciente reunión de los "nueve" de la CEE, con su decisión de reactivar sus economías, representan un aliciente más para el sector exterior español. Claro que quedan puntos muy negros en el panorama nacional —el paro creciente, en primer lugar— y que hay sectores, como el naval, que se encuentran en las últimas. Pero todo parece indicar que los restos del naufragio están siendo recogidos en la playa y pueden ponerse a flote de nuevo.

En otro sentido, los factores políticos. Para Carlos Otero, jefe de

economía de "Diario 16": "Las empresas se han dado cuenta de que aquí nadie va a hacer la revolución y UCD tiene conciencia muy clara de que para que funcione el sistema, es necesario que funcione la Bolsa". Efectivamente, con el deterioro, provocado o no, de la economía —cuyo más flagrante símbolo es la caída de la Bolsa— la derecha de UCD es la más ofendida. Claro está que la oposición de izquierdas sufre, indirectamente, las consecuencias al estar aliada en el proceso de democratización, pero las iras de la clase media y del empresariado se dirigen, muy espe-

a la baja realizado por estos mismos medios. Se trataría de señalar, de esta manera, a una figura —siempre puesta en entredicho por el capitalismo más reaccionario— que estaría salvando la Bolsa a cuenta de quién sabe qué intereses.

El mundo nos contempla

No hace muchos días, en un amplio informe, el "Financial Times" hacía balance de la actual situación de la economía española. En su opinión, si hay un sector fácilmente manipulable en España, ése es el de las Bolsas de valores. El problema fundamental —continúa— estriba en la fuerza inusitada de la Banca, que controla, al menos, un 50 por 100 de la industria nacional y que es tan fuerte que "el señor Suárez ha preferido diferir problemas antes que enfrentarse con poderosos grupos de interés, el principal de los cuales sería el bancario". Alude también, significativamente, a los proyectos frustrados de implantación de la Banca extranjera en España, detenidos largo tiempo por la hostilidad de los sectores financieros.

Es claro que esta impresión de debilidad y falta de control sobre las fuerzas económicas del país no favorece en absoluto a los grupos hoy en el poder. Como labor más perentoria, éstos han de procurar devolver a la inversión extranjera una mínima impresión de dominio sobre los sectores que aún siguen encerrados en sueños del pasado. Y, en este sentido, la consecución de una Bolsa más controlada por la propia dinámica del mercado y más libre de intereses particulares es fundamental.

Obtener un mercado de valores menos especulativo, es básico para la lógica del neocapitalismo que en estos momentos informa la tendencia política en el poder, cuyos intereses están ligados a un capital en expansión y a las multinacionales, en contra del viejo "bunker" financiero e industrial, aún muy fuerte. En esta lucha habría que enmarcar el pequeño "milagro" económico de la subida de las Bolsas, el cual, digamos de paso, no es ni mucho menos definitivo ni irreversible, como están demostrando las vacilantes últimas sesiones.

En resumen, UCD ha empleado el veterano "laissez faire", y esto ha sido suficiente para que las cosas vayan de otra manera en el mercado de valores. Todo ello ha sido causa de que se ponga de manifiesto el feroz enfrentamiento, largo tiempo diferido, entre los dos poderosos sectores del capitalismo español. ■